

LA SASTRERIA

LA ULTIMA MODA

(de HAROLD NICHOLAS)

Es también la última palabra en confección así como las telas y materiales que emplea.



Centenares de clientes satisfechos, son la recompensa de nuestro esfuerzo y la garantía más elocuente para los nuevos clientes.

No olvide!

Su traje para fin de Año, tomando una acción de las series en formación \$ 2.00

SEMANALES

(Frente al Palacio de Justicia)

Costarricenses; se impone la tar..

Viene de primera página

Me detengo en estos detalles para que el lector se dé cuenta de que los soldados de la Guerra de Independencia no fueron impulsados por causas espirituales, sino económicas. Sobre estas causas económicas se levantó luego toda una flora heroica.

Esta verdad histórica no quita valor a los que sostuvieron una recia batalla contra los ejércitos españoles y contra la inercia de la tradición conservadora, para implantar en América la república liberal.

La situación económica estaba lista para encenderse con las ideas revolucionarias de los enciclopedistas que encontraron campo propicio en aquella generación de 1810

Actitud de la iglesia contra la implantación de la República.

Hoy vemos que la Iglesia ha tomado como obligación sagrada la defensa del actual orden de cosas contra toda idea de progreso o que tienda al mejoramiento de las condiciones de vida de las masas populares. Y, haciéndolo el juego a los enemigos de la justicia social y a los que pescan buenas ganancias en el desorden protegido por las leyes, nos fulminan desde los púlpitos y el Papado nos excomulga desde sus enciclicas.

Pero para quien conozca un poco de historia, tal actitud no es de extrañar. La Iglesia es un órgano conservador y cuanto signifique cambio, renovación, avance, encuentra enseguida la repulsa oficial de la Iglesia. Hoy, al defender el fascismo, o mejor dicho los capitales de los que se benefician con él, la Iglesia nos ataca con el mismo ardor que puso hace un siglo en el ataque a los presurosos de la república democrático-burguesa. Vamos a recordar nuestra afirmación con hechos históricos completos: el primer levantamiento que hubo en México—y uno de los primeros en América contra el poder de España y por la implantación de la República—fue el del Sacerdote don Miguel Hidalgo, Cura de Dolores. Este era un lector apasionado de los filósofos franceses del siglo XVIII, un hombre culto, inteligente y sobre todo humano. Cuando se levantó en armas contra la colonia española, no perseguía tan sólo el fin político de establecer la república, sino también reivindicaciones económicas para los indios, como para aquella de repartir las tierras. Cuando el tribunal de la Inquisición supo el levantamiento del Cura Hidalgo, lanzó un edicto contra él y se le excomulgó por los delitos de sedición, cisma y herejía; se le acusó también de ser un partidario de los judíos, de negar la venida del Mesías y la virginidad de María. Lo mismo que hoy día la Iglesia amenaza con excomulgación a quien se afilia a nuestro partido, así entonces amenazaba con excomulgación y 500 pesos de multa "a los que aprobaran la revolución, recibieren proclamas o correspondencia del cura Hidalgo, trataren con él o le prestaren cualquier género de ayuda, así como a los que no denunciaren a los revolucionarios o de cualquier manera propagaren sus principios, porque decía el Santo Oficio de la Inquisición que las ideas

de Hidalgo se encaminaban a derribar el altar y el trono." (La Iglesia y el Estado en México" por el Licdo. Alfonso Toro.) Y todos los Obispos de México publicaron fulminantes excomuniones contra el Cura Hidalgo, a la voz de alarma que diera el tribunal de la Inquisición. El Cura Alcalde Gil dijo en 1811 lo siguiente: "Estamos obligados a quitar la vida aun cuando sea nuestro hermano, cuando sepamos que es un pseudo profeta, esto es alborotador y sedicioso." También incitó al virrey en estos términos: "Debéis, señor, examinar la conducta de vuestros subalternos y cuando sepáis que alguno, sin distinción de clase ni persona, cometa algún delito, ya sea sobando un negro borrón sobre el manto celestial de la justicia, o ya teniendo comunicación con los malvados (esto es, los patriotas) entonces armad vuestro invicto brazo con el divino escudo que os protege; y cortad la cabeza, como lo hizo don Alfonso con el gran Maestro de Alcántara cuando supo que tenía correspondencia con los moros, o de soldado vivo, y poned su piel en el asiento de su silla... y así, cuando sepáis que alguno conspira contra vuestra vida, o que trata de formar conspiraciones, desolladlo vivo." (La Iglesia y el Estado en México, pág. 60.) Pareciera estar oyendo a un Cardenal Prímado de España partidario de Franco y del fascismo.

Y en la América del Sur la actitud de la Iglesia fue idéntica a la de México. Condenó a los liberales que querían independizarse de España. Contra ellos, para desacreditarlos ante el pueblo, utilizó las mismas armas de calumnia que hoy esgrime contra el movimiento comunista. Por ejemplo en Venezuela, al año justo de haberse proclamado allí la Independencia, hubo un terremoto que dejó en ruinas las principales ciudades del país. Al punto el Clero atribuyó el fenómeno a un castigo de Dios por la actitud de los patriotas de ir contra la Monarquía. Hubo frailes que predicaron a la muchedumbre atemorizada, que aquello era el "azote de un Dios irritado contra los novadores que habían desconocido al mas virtuoso de los monarcas, Fernando VII, el Ungido del Señor." Dican que Bolívar, que estaba entre la turba, obligó al predicador a bajar de la mesa que le servía de púlpito, al tiempo que gritaba: "Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca." Y Bolívar y los suyos no sólo lograron sobreponerse a las consecuencias de aquel fenómeno provocado por las fuerzas ciegas de la naturaleza, sino también a la oposición de frailes, virreyes y señores a la causa de la corona de España.

Los liberales de 1810 fueron entonces lo que somos los revolucionarios de hoy, instrumentos de la historia que es parte de la naturaleza porque se realiza a través de los hombres y por los hombres, para empujar la sociedad hacia adelante.

Costa Rica y la Independencia.

El papel que le tocó jugar a Costa Rica antes y después de la Independencia fue muy destacado, no precisamente por falta de virilidad ni de patriotismo por parte de nuestro pueblo, sino por el poco desarro-

llo de las fuerzas productivas del país. La culpa fue más bien de la misérrima situación económica en que había vivido. Basta recordar lo que decía a principios del siglo pasado el Gobernador don Tomás de Acosta en una exposición que hacía al rey de España sobre la provincia de Costa Rica: "Pueden aseverar a Vuestra Magestad que ninguna está más indigente en toda la Monarquía, pues aquí se ven gentes vestidas de cortezas de árboles, y otras que para ir alguna vez a la iglesia alquilan opiden prestada la ropa que han de vestir."

No existían caminos ni puertos y cada familia sembraba lo que había de menester. En Alajuela y Heredia apenas si se encontraban seis personas que supieran leer y escribir, y quien quería emprender estudios tenía que irse a través de las montañas a buscar las Universidades de Nicaragua o de Guatemala.

¿A qué extrañar que sobre tales bases económicas no pudieran prosperar las actividades de la inteligencia, ni desenvolverse un movimiento nacional revolucionario, capaz de comprender e imponer por sí mismo la independencia?

La única rebelión que se presentó en 1811, el mismo año que en México hervía la revolución, fue un pobre levantamiento en Guanacaste, el único que se presentó en Costa Rica contra los españoles: el pueblo se insurreccionó contra los españoles del lugar y quitó los estanquillos de aguardiente y las tercenas de tabaco. La explotación que se hacía al pueblo con el tabaco, pudo sacar lo de sus casillas: el Gobierno de España había prohibido que se vendiera libremente el tabaco. Los mismos que lo cultivaban lo vendían al Gobierno a 8 centavos y luego tenían que comprarlo en los estancos a 75 centavos.

El movimiento revolucionario que se agitaba en América desde Chile hasta México, saltaba por encima de Costa Rica sin tocarla. Esta colonia española sin caminos, ni puertos, comercio, ni escuelas, en donde se encontraban gentes que se vestían de corteza de árboles, tenía que mantenerse al margen de la lucha libertadora, siguiendo fiel a Fernando VII, cuyo nombre se pronunciaba con toda reverencia entre estallar de cohetes y repiques de campanas. ¿Qué iba a saber esta pobre gente que ni leer sabía, que el tal Fernando VII, prisionero de Napoleón, era más bien un tíliche del emperador francés y que celebraba con banquetes el triunfo de los ejércitos de éste, en tanto que sus súbditos allí en España derramaban su sangre y se dejaban matar peleando contra los franceses, en su afán de volver a sentar en el trono a ese paje coronado?

Costa Rica recibió la noticia de su independencia cuando menos lo esperaba, y cuando la recibió, no fue con júbilo sino con desconfianza. Al recibir los documentos, en aquel octubre de 1821, en donde Guatemala le participaba tan grande acontecimiento, tomó medidas transitorias encaminadas a dar tiempo al Gobierno español de restablecer "el orden" en sus dominios. Luego, como algunos de los que estaban a la cabeza del pueblo no se sentían fuertes para soportar su libertad, propusieron que Costa Rica se incorporase al Estado mexicano. No podía ser de otra manera, insistimos en ello pues no habían madurado aún.
Pasa a la página doce